

## El señor Pla

Un buen día, el señor Pla salió a la calle para su vuelta diaria en el parque. En el quiosco compró el semanal. Puso el periodico debajo del brazo. Con un movimiento garboso de la caña inició su paseo por la alameda. Se paró un momento a mirar un grupo de chiquillos que hacia navegar un barquito a vela en la fuente. Cuando el barquito se hundió, prosiguió su caminata. El señor van Zante hoy estaba de un humor excelente.

Despues de un paseo agradable el señor Pla decidió desviarse de la rutina diaria, sentarse en la terraza y pedir una taza de té. El servicio era lento, como era de esperar. Pero hoy incluso la actitud poco cortes – y hasta abiertamente desafiante– de la chica no podia estropear este dia maravilloso. En ese momento el señor Pla tomó un sorbo del té. Ese primer trago, que debería ser el momento culminante de un dia esplendoroso, resultó ser una decepción. El té era amargo, con un fino gusto a cloro. “Té barato de supermercado, agua de grifo”, sentenció el señor van Zanten. Con cada sorbo – al fin y al cabo habia pagado 2 euros 50 – la decepción creció. Y era como si el té se hiciera más amargo.

El señor Pla pensaba en el té de su casa. Su Darjeeling favorito, no demasiado tostado. Agua mineral eligida con cura. En si nada de especial, y mucho menos ese agua cara que estaba de moda. Simplemente, agua de baja mineralización que – segun el señor Pla – hacia que el té se lucia más. Llevar a la ebulición, dejar reposar un minuto, verter. Dejar que el agua absorba el aroma del té durante 4 minutos, no más de 4, porque eso da ese gusto amargo. Otro par de minutos para que la temperatura sea perfecta. Servir en una taza de porcelana. Aqui el gusto del señor Pla era igualmente exquisito, pero conservador: porcelana clasica inglesa, en ningun caso esas tacitas horteras que se ven estos dias.

Con el ultimo sorbo del té horrible el señor Pla tomó una decisión drástica. Se levantó con un gesto resolutivo y se dirigió a su casa. Una vez llegado dijo a la señora van Zanten: “hoy me quedo en casa.” Tampoco dia siguiente nada pudo incitarle a que dejará su hogar seguro. Esto suponía una rotura importante en la vida del señor van Zanten. Hasta ese dia habia llevado una existencia tranquila y contenta. Tenía pocos amigos y desde que lo conoció su mujer no habia tenido hobbies. Desde la jubilación era excepcionalmente fiel a sus habitos diarios. Su paseo por el parque y el periodico habian llegado a ser parte inseparable (indivisible, indisoluble) de su personalidad. Claramente, alguna vez – por gripe o por mal tiempo – habia saltado su caminata por el parque. Pero esta vez no era lo mismo. Hacia cinco dias que no salia de casa. Y sin motivo.

Cuando el jueves seguia sin dar señales de querer volver a salir de su casa, su mujer empezó a preocuparse. Preguntó a su marido que que le pasaba. En un primer momento ni alzó la mirada de su periodico, que su mujer le compraba todos los dias desde aquel dia. Cuando insistió, su marido murmuró: “no vale la pena”. Y eso fue todo lo que quiso decir sobre su comportamiento extravagante.

El señor Pla no ha vuelto a salir de casa hasta que 10 años más tarde la muerte que le sobrevinó - en el sueño y sin grandes sobresaltos, como era propio de el.